

La Práctica de
la Educación Vial



AL RESCATE DE LAS SEÑALES DE TRÁNSITO



DESCARGA AQUÍ
OTROS MATERIALES



Ilustraciones, Diseño y Diagramación: PREVENISIS S.A.C. (Lima, Perú)

Autor: **Prof. Walter Raúl Gallegos Arcos**
Colegio Claret - Arequipa, Perú

Un proyecto educativo de:

Fundación **MAPFRE**

Con la colaboración de:

PREVENISIS
S.A.C.

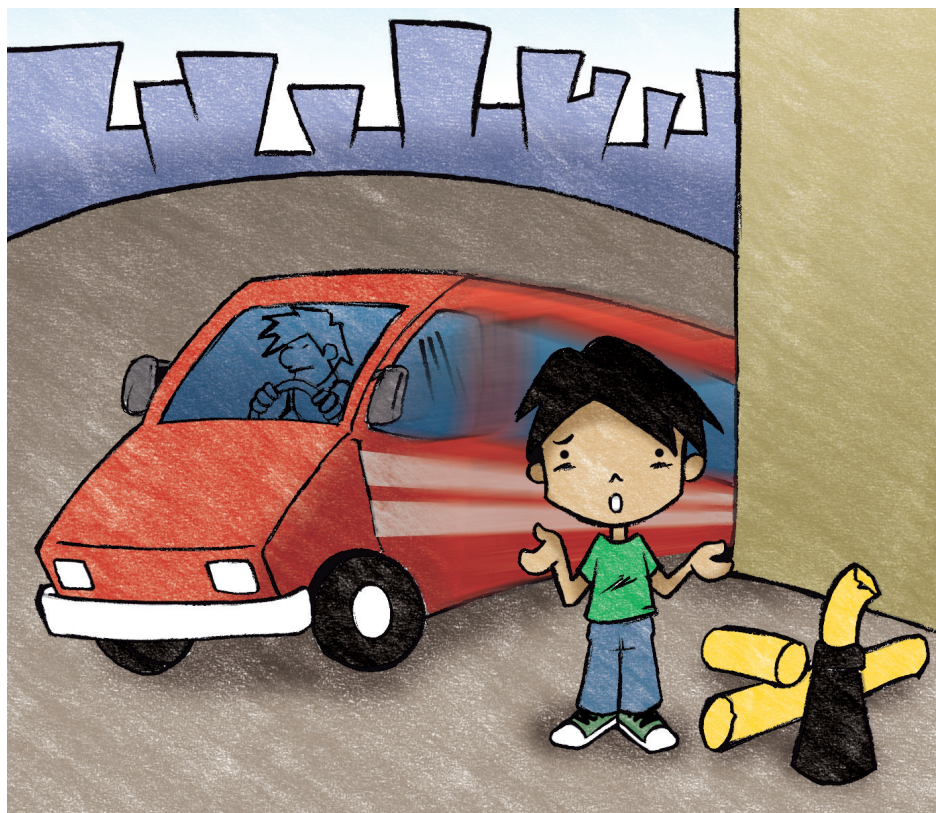
Era un día común, como cualquier otro, cuando me dirigía a mi colegio, pero algo me distrajo: un helicóptero de los que tanto me gustan pasó muy cerca por donde andaba y, antes de cruzar la calle, no me di cuenta de que el semáforo peatonal estaba en rojo. Crucé, parecía que no pasaría ningún auto, de pronto...

—¡Auxilio! ¡Auxilio!... atropellaron a un niño —decía una señora que pasaba por el lugar.

Algunas hojas de mis cuadernos volaban cerca del lugar del accidente, un hilo de sangre bajaba por mi frente, apenas pude abrir los ojos, las sirenas de la ambulancia y de los bomberos se escuchaban a lo lejos, quise ponerme de pie y no pude. Toqué mi frente y mis manos se llenaron de sangre; con el terror que le tengo, quedé inconsciente...

Desperté, no sé cómo, en un lugar desconocido. Recuerdo que muchas calles no tenían veredas,

no había marcas en el pavimento, los autos andaban a gran velocidad y hacían demasiado ruido con sus bocinas. Quise cruzar una calle pero quedé paralizado al no encontrar ninguna señal de tránsito. Sólo vi en las esquinas fierros viejos, retorcidos y corroídos por el tiempo, como si un inmenso huracán hubiera pasado por el lugar.



Estos fierros mostraban que antiguamente esta ciudad estaba señalizada, pero algo sucedió. Era un paisaje espeluznante. Corrí con rumbo desconocido, no sabía adónde llegar, las personas eran frías y poco amables. Un gemido, como el llanto de un anciano, me hizo detener frente a una pequeña puerta donde sólo un niño de mi edad podía entrar. Era un lugar lúgubre. Lo que vi a continuación hizo que retrocediera un poco. Mis piernas comenzaron a temblar.



Algo vi en ese lugar que, de pronto, una lágrima resbaló por mi mejilla: era un pequeñín de colores que me estiraba el brazo y apenas pudo decir: “Ayúdanos por favor, nuestras vidas se extinguen, perdemos nuestros colores y nuestra importancia. Tienes que salvarnos”. Eran muchas las señales que estaban rotas, sucias y viejas por el correr del tiempo. Recuerdo a mi maestro cuando me hablaba de ellas. Estas tenían nombres raros. Creo que se llamaban reguladoras, preventivas



e informativas. Me armé de valor, limpié mis lágrimas, cogí del brazo al pequeño semáforo, lo limpié cuidadosamente y lo puse a un costado. Prometí a las demás señales volver enseguida con ayuda. Unos niños de mi edad pasaban cerca del lugar: parecía que ellos todavía no habían perdido la inocencia. Les comenté sobre lo que vi y decidieron acompañarme al lugar. Al igual que yo, se pusieron muy tristes y comentaban: “Ahora entendemos por qué nuestra ciudad está tan desordenada, con tantos accidentes y las personas mayores tan frías entre sí”. Conversamos por un rato sobre qué podíamos hacer, ellos trajeron pintura, brochas, lijas y demás cosas necesarias para poder reparar todas las señales que nos pedían ayuda a gritos desconsolados, que nos hacían conmovir el corazón. Cogimos sus cuerpos endebles, los limpiamos con mucho cariño y comenzamos a pintarlos y darles vida nuevamente. Durante tres días trabajamos dura y arduamente. Finalmente ese lugar que parecía un cementerio se convirtió en un lugar de alegría y fiesta.

Comenzó el trabajo: ubicamos las señales en sus respectivos lugares, pintamos las líneas de las calles e instalamos los semáforos en los lugares más transitados. Terminamos agotados, pero nuestros corazones rebozaban de alegría.

Vendría lo más difícil: cómo hacer para que las personas mayores vuelvan a usar y respetar las señales de tránsito. Hicimos pequeños mensajes del modo mas bonito que era posible. Algunos decían: “¡Respétame, para proteger tu vida!”, “¡Abróchate a la vida, usa cinturón de seguridad!”, “¡Tu familia te espera, camina con cuidado por las calles!”.

Entregamos los volantes a cada persona que veíamos pasar y conversamos con cada uno de ellos. Parecía que nos entendían y poco a poco la ciudad fue cambiando: los autos se detenían en las intersecciones, respetaban cada señal de tránsito, los conductores nos saludaban con cariño. Me despedí de mis amigos: de los niños, de las señales de tránsito y de mí buen amigo, el semá-



foro, quien me regaló una chapa muy bonita que decía: “Soy un peatón responsable”.

Caminé con rumbó desconocido, pero esta vez lloraba de alegría. Me senté en el rincón de una casa, saqué mi chapa, la cogí con ternura. Una lágrima borraba mi vista y quedé dormido...

Escuché que varias voces amigas me decían: “Luchito, Luchitooo... Luchito, despierta”. Eran mis compañeros de colegio: me visitaron en el



hospital. Gracias a Dios, solo tuve algunos golpes y contusiones a causa del accidente. Les conté mi sueño y ellos lloraron conmigo y es así que, a partir de ahora, usamos responsablemente las señales de tránsito. Limpiamos aquellas que estaban sucias, reparamos las que estaban rotas o desgastándose e incluso propusimos alternativas a nuestras autoridades para mejorar la señalización y la seguridad vial alrededor de nuestra escuela y en nuestra ciudad para así cuidar la integridad física de miles y miles de personas.



Los cuentos que conforman esta colección
son los ganadores del Concurso de
Prácticas Pedagógicas
en Educación Vial, desarrollado
como parte del programa
La Práctica de la Educación Vial- Perú.

Fundación **MAPFRE**